Estereotipos del habla femenina en el refranero español

Adriana MITKOVA
Universidad de Sofía "San Clemente de Ojrid" (Bulgaria)
mitkova@fcml.uni-sofia.bg

Recibido: 13-02-2007
Aceptado: 25-03-2007

Resumen: Partiendo de una selección de refranes alusivos a las características verbales de la mujer, en el artículo se presentan y analizan algunos estereotipos del habla femenina, gran parte de los cuales perviven en nuestros días. La creación y la divulgación de dichos estereotipos se sitúan en el contexto de la sociedad y la cultura patriarcal.
Palabras clave: Fraseología. Estereotipo. Habla femenina. Androcentrismo. Cultura patriarchal. Español.

Titre : « Stéréotypes du langage féminin dans les proverbes espagnols ».
Résumé: Sur la base d'une sélection de proverbes faisant allusion aux caractères de l'expression verbale de la femme, l'article présente et analyse quelques stéréotypes du langage féminin qui ont survécu jusqu'à nos jours. La création et la diffusion de ces stéréotypes sont situées dans le contexte de la société et de la culture patriarcales.
Mots clés: Phraséologie. Stéréotype. Langage féminin. Androcentrisme. Culture patriarcale.

Title: "Female Speech Stereotypes in Spanish Proverbs".
Abstract: The paper presents and analyses some female speech stereotypes the majority of which continue to exist nowadays. The speech data-base has been compiled from selected proverbs referring to verbal characteristics of women. The emergence and spread of those stereotypes is discussed in the context of patriarchal society and culture.
Key words: Phraseology. Stereotype. Female speech. Androcentrism. Patriarchal culture.

Durante siglos, la cultura, en sus diversas formas, ha creado y transmitido una serie de estereotipos de la mujer que en cierta medida perviven en nuestros días. Son muy variadas las unidades lingüísticas que se han encargado de divulgar y perpetuar dichos estereotipos: distintas manifestaciones del folclore verbal (refranes, romances, cuentos tradicionales), obras literarias, chistes, canciones, etc.

El objetivo de este trabajo es presentar y analizar, a través de las manifestaciones paremiológicas del lenguaje, la propagación y defensa de aquellos estereotipos relacionados con el uso de la palabra por parte de las mujeres. De todas las manifestaciones lingüísticas que son posibles fuentes de estudio de dichos tópicos, hemos escogido el refranero por varias razones. En primer lugar, el refranero es un indicador muy significativo de los valores que caracterizan una cultura y del modelo social que esta cultura promueve. A pesar de la distancia histórica y cultural existente entre el contexto de acuñación de las paremias y la actualidad, siguen estando vivas casi

idénticas expresiones lingüísticas, lo que pone de manifiesto la pervivencia de una mentalidad de carácter patriarcal y destaca la elevada capacidad persuasiva e incluso manipuladora del refranero. Resulta también muy llamativa la importancia que el refranero concede al tema de la mujer. A cualquier investigador del refranero español e incluso a cualquier lector aficionado le salta inmediatamente a la vista la abundancia de refranes dedicados a la mujer. Sírvannos de ejemplo las observaciones de algunos especialistas. Mª Ángeles Calero Fernández señala que su colección paremiológica de refranes alusivos a la mujer recoge un total de 10.884 dichos, y concluye que casi una sexta parte de la totalidad de los refranes españoles que existen o han existido toman como motivo proverbial al sexo femenino (Calero Fernández, 1999: 131-132). Anna M. Fernández Poncela observa que el Refranero General Ideológico Español de Luis Martínez Kleiser recoge setenta y tres líneas de expresiones populares en torno al hombre y la mujer, por su parte, ocupa diecisiete páginas en total (Fernández Poncela, 2000: 139).

Pero resulta que las diferencias en el tratamiento del tema de los hombres y de las mujeres no son sólo cuantitativas sino también cualitativas. En su colección de refranes, Fernández Poncela ha constatado ochenta y cinco defectos que se consideran inherentes a la mujer y tan sólo dieciséis cualidades innatas (Fernández Poncela, 2000: 139).

Es cierto que existen también refranes que expresan una actitud positiva hacia la mujer. Pero la desproporción sigue siendo más que significativa. Además, gran parte de los refranes que a primera vista parecen favorables al sexo femenino, en realidad, ensalzan las virtudes de un paradigma de mujer que es reflejo de lo que los hombres y la sociedad patriarcal esperan de ella.

La fuerza persuasiva que tienen las paremias se debe sobre todo al prestigio de sabiduría popular que se les atribuye. Los refranes se suelen interpretar como verdades irrefutables y absolutas, confirmadas generación tras generación. El mismo refranero da pie a semejante interpretación: "No hay refrán que no sea verdadero"; "Cien refranes, cien verdades"; "Decir refranes, es decir verdades"; "En cada refrán tienes una verdad"; "Refranes y consejos todos son buenos"; "Los refranes no engañan a nadie"; "Los refranes, son depuradas verdades"; "Quien habla por refranes, es un saco de verdades", etc.

Resulta ya tópico decir que el refranero es fruto de la sabiduría popular. Semejante interpretación del fenómeno sería aceptable si se aplicara sólo a algunos campos temáticos como la amistad, el amor, la alabanza de virtudes como humildad, prudencia, fortaleza, sinceridad, laboriosidad, la censura de vicios como envidia, avaricia, soberbia, gula, pereza, etc. Además de sonar como un cliché, la definición del refranero como reflejo de la sabiduría popular nos parece apropiada siempre que no toque algunos temas un poco "escabrosos", como lo es el de la imagen de la mujer. En muchos casos es difícil interpretar el contenido de algunas paremias como fruto de sabiduría. No menos problemático resulta el adjetivo *popular*. ¿Del pueblo? ¿De todo el pueblo? ¿De una parte del pueblo? ¿De cuál? ¿Qué es lo que se entiende por pueblo cuando se nos presenta la imagen de la mujer? Por lo tanto, optaríamos por una interpretación del refranero como reflejo de ciertos aspectos de la vida de una época, como expresiones lingüísticas que ponen de manifiesto las creencias y el sistema de valores de determinado momento y que, en el caso concreto, contribuyen a la creación y divulgación de la imagen que socialmente se considera adecuada para cada sexo. En los refranes, la imagen de la mujer que se presenta responde a las convenciones sociales y culturales imperantes en el momento de su acuñación. Como señala Irene Lozano: "Pero la historia de la cultura está protagonizada mayoritariamente por varones cuyos juicios y opiniones han tenido la pretensión no sólo de ser objetivos y razonados, sino universales…" (Lozano, 2005: 19).

Es evidente que no todos los refranes recogen verdades absolutas, sino que buscan afianzar el sistema social establecido y son el producto de la moral y de la mentalidad de una época. Muchos tienen por objetivo recomendar ciertos comportamientos o poner en tela de juicio otros e incluso hay temas donde el refranero llega a ser cruel y mordaz.

El hecho de que los refranes sirvan a los intereses del sector más poderoso de la sociedad no significa que este grupo los haya acuñado. Como regla general, los refranes son de origen anónimo y popular. Pero parece bastante dudoso que algunos refranes llenos de machismo, androcentrismo y por qué no de misoginia, sean creados por mujeres. Simplemente son el reflejo de un mundo protagonizado por hombres y una cultura patriarcal. Pero también es verdad que "En el caso de los refranes, de autor anónimo, la imagen que se nos muestra responde igualmente a las convenciones sociales y culturales que estaban en boga en el momento de su creación, de las que participaban igualmente mujeres y hombres. El hecho de que estos estereotipos hayan sido urdidos fundamentalmente por hombres no significa que las mujeres no los aceptaran, ya que forman parte de la ideología cultural de la colectividad y toda ella los tiene por verdaderos" (Lozano, 2005: 20).

En muchas culturas de todo el mundo son habituales los refranes que reflejan el papel subordinado que ha tenido la mujer con respecto al hombre. Los orígenes del androcentrismo y de la misoginia se suelen buscar ya en la Biblia, más concretamente en el *Génesis 3:16*, donde la mujer es condenada a la sumisión masculina: "A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos; y a tu marido será tu deseo, y él se enseñoreará de ti" (*La Biblia*, 1959: 2).

Muchos de los refranes machistas usados hoy en día tienen su origen en un contexto antiguo y medieval, marcado por un fuerte y poderoso androcentrismo. Pero no es nuestro objetivo buscar las raíces de la misoginia. Hay que aceptar el hecho de que en las sociedades patriarcales, las manifestaciones lingüísticas presentan una marcada óptica masculina y los refranes son parte de este repertorio lingüístico que tiene por tarea principal transmitir, defender y perpetuar toda una serie de tópicos de carácter machista.

El refranero establece y difunde un prototipo ideal de mujer acorde con las necesidades y pretensiones masculinas. Este paradigma de mujer reúne rasgos como docilidad, obediencia, dulzura, fidelidad, honestidad, laboriosidad, prudencia, mutismo, discreción, hermosura, feminidad[1], etc. Toda desviación de las normas establecidas, por lo tanto, se ve censurada o caricaturizada.

De todo el repertorio de defectos femeninos que se nos presenta en el refranero nos detenemos en las imperfecciones en el uso de la palabra que se le atribuyen a la mujer. En las culturas patriarcales es habitual encontrar la visión de que los dos sexos hacen uso de la palabra de manera diferente y, en general, a la mujer se le considera por naturaleza parlanchina, incapaz de hablar sobre temas sustanciales, de cumplir su palabra y de guardar un secreto, y, también, se le acusa de embaucadora y manipuladora. Por supuesto, no se trata de un problema puramente lingüístico, ya que el lenguaje es un simple instrumento. Lo que pasa es que a la mujer se la suponía inclinada de por sí al mal, se la consideraba un hombre defectuoso y se la representaba como un ser asociado al Mal, al Pecado y al Diablo: "*Por la mujer entró el mal en el mundo"*[2]. No es ninguna casualidad la abundancia de refranes donde a la mujer se la comprara con el diablo ("Al diablo y a la mujer, nunca les falta que hacer"; "Lo que puede el diablo lo puede la mujer"; "Nunca le falta el que hacer, ni al diablo ni al cura ni a la mujer"; "Nunca les falta que hacer, al cura, al diablo y a la mujer"), se la identifica con el diablo ("Cuando Dios se hizo hombre, ya el diablo se había hecho mujer"; "La mujer es el demonio, el mundo y la carne, porque es un demonio con un mundo de carne"; "Dos hijas y una madre, tres demonios para un padre"); se la considera aliada al diablo ("Donde reina la mujer, el diablo es primer ministro"),

[1] El concepto de feminidad guarda estrecha relación con el habla de la mujer. Ya que se considera que proferir tacos e insultos bruscos no es propio de la mujer, la agresividad verbal no le está permitida socialmente y se considera una traición a su feminidad: *La mujer cuando se irrita muda de sexo*.

[2] Aquí cabe recordar la existencia en la cultura judeocristiana y grecolatina del mito de la mujer como portadora de las desgracias al género humano: Eva y Pandora. El refranero se puede interpretar como un soporte y medio de divulgación de esta visión mítica y maniquea.

su instrumento ("Donde mujer no hay, el diablo la trae"), su discípula ("A la mujer, el diablo le dio el saber"), e incluso, como buena discípula, llega a superarlo en habilidades ("La mujer estudió con el diablo y mil veces lo ha engañado"; "La mayor parte de su saber, lo aprendió el diablo de la mujer"; "La mujer sabe un punto más que Satanás"; "Llorando engañó la mujer al diablo"; "Más trazas inventa en cinco minutos una mujer, que el Diablo en un mes"; "Lo que el diablo no puede hacerlo hácelo la mujer"; "Ni aun al Diablo ha de temer quien no teme a una mujer").

Entre los tópicos más extendidos sobre la forma de hablar de la mujer destaca el de su incontinencia verbal, que la lleva a hablar sin parar: "La mujer, generalmente hablando, está, generalmente, hablando"; "Antes faltará al ruiseñor qué cantar, que a la mujer qué hablar"; "Cuando la gallina quiera mear, le faltará a la mujer qué hablar"; "Un hombre, una palabra; una mujer, un diccionario"; "Un hombre, una palabra; una mujer, una carretada"; "Ni al perro que mear ni a la mujer que hablar nunca les ha de faltar"; "La lengua de la mujer dice todo lo que quiere".

Excedería los límites de este trabajo tratar el problema de si es cierto que las mujeres hablan tanto o intentar distinguir entre estereotipos y realidad. El objetivo es destacar cómo el refranero refleja hasta qué punto pesaba en la mentalidad la censura a la mujer que habla. Históricamente, los hombres tenían la palabra tanto en el ámbito público como en el ámbito privado, mientras que las mujeres eran libres de hablar entre sí solo en el ámbito doméstico. Las normas y la buena educación exigían que las mujeres estuvieran sometidas al silencio. Dice P. García Mouton: "…en nuestro tipo de sociedad ha funcionado durante siglos el mandato bíblico del silencio femenino y el papel social de la mujer era estar "calladita" […]. Según sea el contexto, al no ser esperada ni deseada, su intervención se puede interpretar socialmente como una impertinencia" (García Mouton, 2003: 30). De ahí que la transgresión de las normas llevara a la censura. Tradicionalmente se considera que la mujer debe hablar poco o debe callar: "La pera y la mujer, calladas han de ser"; "La doncella, la boca muda, los ojos bajos y lista la aguja"; "La mujer que no ha de ser loca, anden las manos, calle la boca"; "Cacarear y no poner, si malo en la gallina, peor en la mujer"; "La mujer ha de hablar cuando la gallina quiera mear".

Y aparecen en el refranero las respectivas advertencias a ambos sexos: "Quien tiene mujer parlera, o castillo en la frontera, o viña en la carretera, no le puede faltar guerra"; "Tres cosas echan de su casa al hombre: el humo, la gotera y la mujer vocinglera"; "La mujer habladora, duelos tienen donde mora"; "Mujer dicharachera, poco casadera".

De ahí vienen los elogios a la mujer callada: "La mujer lista y callada de todos es alabada"; "Gallina ponedora y mujer silenciosa, valen cualquier cosa"; "Boca brozosa, cría mujer hermosa"; "La mujer y la pera, la que calla es buena"; "La pera y la doncella, la que calla es buena"; "Mujer discreta, esposa y madre perfecta"; "Mujer y pera, la que no suena, ésa es la buena"; "La bona dona calla y la dolenta xerra"; "Mujeres y almendras, las que no suenan"; "Mujer y perra, la que calla es buena"; "La mujer casera, nunca falta de parlera".

Esta es la razón por la que al hombre se le recomienda no casarse con una mujer que lo supere en posición económica: "La mujer con que te casares no te gane en heredades". Esta superioridad podría llevar a la mujer a poner en cuestión la autoridad de su marido y a permitirse hablar cuando le diera la gana: "En la casa de la mujer rica, él calla y ella replica". Pero "Triste está la casa donde la gallina canta y el gallo calla".

El silencio femenino es una virtud alabada que al mismo tiempo se considera difícil de hallar: "Mujer callada, avis rara". Sin embargo, a los hombres se les advierte que si uno por casualidad encontrara tal tesoro de mujer, no debe mostrarse ingenuo porque las apariencias engañan y a lo mejor tras este silencio tan alabado se oculta alguna malicia: "No te fíes de mujer que no hable ni de perro que no ladre". Es decir, el silencio resulta no menos peligroso que el

hablar descontrolado. Aquí se puede detectar cierta contradicción[3]. Entonces, ¿por cuál de los dos males debe optar un hombre prudente? Por lo menos le queda una esperanza: "Tan aviesas son las palabras de la mujer que los proverbios intentan insuflar ánimos a los varones para que no pierdan la esperanza de recibir la intercesión divina: *A quien Dios le ayuda la mujer se le queda muda*" (Lozano, 2005: 38).

El refranero deja patente lo peligroso de la charlatanería femenina, ya que hablando la mujer podía hacerse proclive a pecados capitales como la pereza ("La moza parlera nunca acaba la tarea"; "Dos mujeres en la cocina, poco trabajo y mucha bocina"; "Vale más una mujer cocinando que cien cotilleando") o la lujuria ("La ramera, gran parlera, y la parlera, ramera"; "Gran ramera, gran parlera"). A veces se pone un signo de igualdad entre este último vicio y el hablar excesivo: "Moza reidora, o puta o habladora"; "Moza risera, o puta o parlera".

En lo que se refiere a la imagen de la mujer charlatana, parece que éste es uno de los tópicos más persistentes, ya que en nuestros días la idea de que las mujeres hablan *mucho* o, más bien, hablan *demasiado*, *hablan por los codos*, sigue perviviendo, aunque, actualmente, a veces a este vicio se aluda de una forma jocosa y más o menos camuflada. Con ligeros matices esa censura se puede constatar en los chistes:

> Una mujer plantea una demanda de divorcio arguyendo que su marido no le ha dirigido la palabra en dos años. El juez le pregunta al marido: "¿Por qué no ha hablado usted a su mujer en dos años?" A lo que él responde: "No quería interrumpirla".

A veces el estereotipo se ve algo actualizado: ya aparece la imagen de la mujer que habla mucho por teléfono. Lo encontramos, por ejemplo, en algunos refranes de reciente acuñación ("Cuando una mujer sufre en silencio es que tiene el teléfono estropeado") y, sobre todo, en los anuncios de telefonía móvil que muchas veces recurren a la imagen de la mujer que habla mucho.

De la propensión a la verborrea deriva una serie de imperfecciones del habla femenina. Según el tópico, la mujer no habla, sino que *charla*. El verbo *charlar* y el sustantivo *charla* tienen un montón de connotaciones negativas: aluden a lo insustancial, lo banal y lo superfluo del contenido del discurso femenino. En cuanto a la carga despectiva del verbo *charlar*, Irene Lozano señala que lo mismo ocurre con otros verbos y expresiones que suelen aplicarse sólo a la conversación femenina, como *parlotear*, *chismorrear*, *cotillear*, *estar de palique*, *de cháchara*, etc. (Lozano, 2005: 32). A. López García dice al respecto: "Charla" no es "conversación", es el menosprecio de la conversación" (López García y Morant, 1995: 50).

El examen de un amplio repertorio de refranes deja patente la concepción de que el hablar femenino suele ser insustancial y frívolo. Desde siempre se ha descalificado el contenido de lo que la mujer dice y se le ha quitado trascendencia: "Croar de ranas y hablar de damas, ruidos sin sustancia". La locuacidad excesiva y superflua se asocia a la mujer por considerársela tonta e ignorante: "La mujer que más sabe, sólo sirve para gobernar doce gallinas y un gallo"; "Cabello luengo y corto el seso"; "La mujer tiene cabello largo y entendimiento corto"; "Largo el pelo, corto el seso". "Por las mujeres va eso"; "Ni buen consejo de moza, ni buena camisa de estopa"; "De la mujer el primer consejo, que el segundo no lo quiero".

[3] Hay que reconocer que el tema de la mujer no es el único donde el refranero no se muestre muy consecuente en la interpretación de un mismo fenómeno. Compárese, por ejemplo, el refrán "A quien madruga, Dios le ayuda" con los de la serie: "No por mucho madrugar amanece más temprano"; "El que madrugó una bolsa se encontró, pero más madrugó el que la perdió"; "No por mucho madrugar se ven vacas en camisones"; "No por mucho madrugar te van a dar más de almorzar"; "Quien madruga… ojeras tiene".

Puede que sea cierto que durante siglos las conversaciones femeninas no hayan podido ir más allá de los temas triviales como la casa, el marido, los hijos, etc., pero no es menos cierto que las mujeres no han recibido ningún tipo de instrucción que les permitiera ampliar sus conocimientos y preocupaciones. En el refranero se detecta una grave contradicción respecto al papel de la educación de la mujer. Se somete a crítica el contenido de la conversación femenina por ser insulso, banal, superficial, y al mismo tiempo a la mujer se le niega el acceso a la educación adecuada. La mujer dice tonterías y habla de cosas vacías y superficiales porque tiene pocas luces y porque no está instruida. Pero lo que se hacía era alejar a la mujer de la cultura y el estudio: "Las mujeres hilen y no estudien"; "Mujeres y libros, siempre mal avenidos"; "Mujer con letras, dos veces necia"; "La mujer y el aguador, mientras más brutos mejor". Y es así porque se temía que adquiriendo conocimientos fuera de los imprescindibles para conseguir marido, ser buenas amas de casa, buenas esposas y buenas madres (es decir, la formación encaminada a dominar el ámbito doméstico), la mujer pudiera aspirar a la participación en esferas exclusivamente masculinas y, de esa manera, poner en tela de juicio la autoridad masculina. El refranero establece un modelo de mujer que supone que ella debe ser sumisa, callada y, si se puede, ignorante, y adolece de muchos prejuicios contra la mujer docta. Hay toda una lista de ejemplos de cómo la mujer educada o instruida no está nada bien vista en el refranero: "Mujer que sabe latín, mal fin"; "Mula que hace hito y mujer que parla latín nunca hicieron buen fin"; "De hombre caminero y ruin, de mujer que habla latín y de caballo sin rienda, Dios nos libre y nos defienda"; "Ni joya prestada, ni mujer letrada"; "Sufrir mujer contenciosa, es brava cosa", y de cómo a la hora de casarse los hombres las prefieren ignorantes: "No te cases con mujer que te gane en el saber"; "Guárdete Dios de perro de liebre, de casa de torre, de piedra de honda y de mujer sabihonda"; "Líbreme Dios de moza adivina y de mujer latina"; "Mujer que sabe latín no la quiero para mí"; "Mujer que sepa latín, guárdala para ti"; "Mujer que sabe latín, no encuentra marido ni tiene buen fin".

El hablar excesivo e insustancial que se le atribuye al sexo femenino aparece como una imperfección que no es nada inofensiva. En el refranero aparecen muestras de la naturaleza peligrosa y perniciosa del discurso femenino. La charlatanería es un vicio que implica conceptos como indiscreción, mentira, engaño, información dudosa, crítica envenenada, maledicencia, etc.

Como se supone que habla tanto y es incapaz de controlar su verborrea innata, se deduce fácilmente que la mujer tampoco sería capaz de guardar secretos, porque la charla la asocia a la divulgación del secreto. De ahí que abunden los refranes que aluden a la falta de discreción lingüística de la mujer: "Secreto a mujer confiado, cátalo divulgado"; "Secreto a mujer confiado de ser secreto ha dejado"; "Secreto a mujer confiado, a la calle lo has echado"; "Secreto a mujer confiado, contarlo divulgado"; "Secreto dicho a mujer, secreto deja de ser"; "Secreto dicho a mujer muy pronto se ha de saber"; "Secreto en mujer, no puede ser"; "Secreto entre mujeres, secreto no eres"; "Decir una cosa a una mujer, es dar tres cuartos al pregonero"; "Decir a una mujer un secreto, es dar un cuarto al pregonero"; "Una mujer no calla más que lo que no sabe"; "Si le dices tu secreto a una mujer, de dominio público ha de ser"; "¿Divulgada una patraña quieres ver? Cuéntala en secreto a una mujer"; "Si quieres que un secreto sea público, haz compañía a las mujeres"; "No hay mula con cuernos, ni mujer discreta"; "A la mujer y a la picaza, lo que vieres en la plaza"; "El único secreto que guarda una mujer es su edad".

Esta indiscreción excluye a la mujer del mundo de los adultos ("La mujer y el niño sólo callan lo que no han sabido") y del de los cuerdos y los listos ("La mujer, el niño y el loco no guardan un secreto en ninguna circunstancia"; "A moza, mujer ni necio, no descubras tu secreto"). Además, se advierte a los maridos prudentes: "Nunca hombre sabio y discreto, revele a mujer su secreto"; "El hombre de saber, nunca dijo secreto a su mujer"; "Secreto que quieras guardar ni a tu mujer lo has de confiar".

Ya que se considera que la mujer habla mucho y no sabe guardar secretos, se considera también que es propensa al cotilleo, al chismorreo, al comadreo y a otros *eos* por el estilo. Del refranero se deduce que es un rasgo del comportamiento femenino husmear en la vida ajena y contar cosas que no se deben contar: "La mujer placera, dice de todos y todos de ella"). Parece que la situación empeora cuando se reúnen mujeres. El refranero se hace eco del peligro que conlleva la reunión de mujeres: "Mujeres juntas, ni difuntas"; "Mujeres en reunión, por cada mujer, una opinión"; "Tres mujeres y un ganso hacen (un) mercado".

De ahí que cualquier reunión de mujeres se identifique con el comadreo[4], el chismorreo y el cotilleo: "Del comadreo viene el chismorreo"; "Mujeres en visita, luego sueltan la maldita"; "Borracheras, pendencias y amores, cosas son de hombres; chismes, lloros y preñeces, cosas de mujeres"; "Júntanse las comadres y arde en chismes la calle"; "Riñen las comadres y dícense las verdades"; "Cuando se enojan las comadres, se dicen las verdades"; "Cuando se pelean las comadres, salen a relucir las verdades" [5].

Y estas tendencias no se interpretan como una deficiencia inocente, inofensiva, sino todo lo contrario. La indiscreción femenina es de lo más peligrosa porque de esta manera las mujeres pueden manchar el buen nombre de la gente: sin quererlo, por mera estupidez, o a propósito, de manera malintencionada.

El refranero muy a menudo alude a la propensión femenina a la crítica mordaz y envenenada: "El alacrán tiene la ponzoña en la cola y la mujer en la boca"; "La mujer y la avispa, con el rabo pican"; "La mujer y la gallina, siempre pica"; "La víbora y la mujer tienen la ponzoña en la boca"; "El labio de la mujer tiene dos pieles; una de miel y otra de hiel"; "Palabras de beata, uñas de gata".

Otro tópico bastante extendido tiene que ver con la capacidad de la mujer de manipular a través del lenguaje. Para conseguir este fin la mujer se sirve de la mentira con todos sus posibles matices: disimulo, insinceridad, engaño, fingimiento, tergiversación de la verdad, hipocresía, etc.

En el refranero la mentira se nos presenta como propiedad exclusiva y como sinónimo de la mujer: "La mujer y la mentira nacieron el mismo día"; "Las mujeres sin maestro saben llorar, mentir y bailar"; "Cuando van las mujeres al hilandero, van al mentidero"; "La mujer no tiene edad ni dice la verdad".

Esta imperfección del discurso femenino se encuentra estrechamente relacionada con la naturaleza inconstante de la mujer, más concretamente, con su inclinación a la opinión mudable, con su propiedad innata de cambiar de parecer: "Cada mujer piensa hoy lo contrario que ayer"; "Diez mujeres, cien pareceres"; "Febrero y las mujeres tienen en un día diez pareceres"; "Viento, mujer y fortuna, mudables como la luna"; "La mujer a cada rato muda de parecer".

Ya que la mujer suele decir lo contrario de lo que piensa, sus palabras siempre dan motivos para sospechar de ellas. Así se llega a desconfiar de la mujer y de su capacidad de compromiso. Es impresionante la abundancia de refranes al respecto: "Palabra de mujer no vale un alfiler";

[4] Sería interesante señalar cómo el estereotipo ha llevado a un desplazamiento semántico del sustantivo *comadre* y del verbo *comadrear*. El diccionario *Clave* añade una tercera definición de *comadre* (que falta en el artículo de *compadre*): "Mujer a la que le gusta curiosear y chismorrear sobre los demás". *Comadrear* parece que ha perdido su significado original y aparece definido solo como: "Referido esp. a una mujer, murmurar, chismorrear o contar e intercambiar chismes y cotilleos sobre los demás". Sigue la aclaración que el uso tiene un matiz despectivo.

[5] Esta imagen estereotipada también se nos presenta en los chistes actuales: otra de las expresiones lingüísticas encargadas de reflejar y divulgar la ideología cultural asentada. He aquí un ejemplo bastante ilustrativo:

> Un grupo numeroso de amigas se ha reunido, pero todas están calladas, ninguna dice absolutamente nada. Pasa el tiempo y persiste el silencio, hasta que al fin una de ellas lo rompe: "¡Qué mala suerte que hoy estemos todas, porque no podemos criticar a ninguna!"

"Palabras de mujer, no se han de creer"; "Las palabras son femeninas, y los hechos son macho"; "Quien coge la anguila por la cola y la mujer por la palabra, haga cuenta que no coge nada"; "Quien prende a la anguila por la cola y la mujer por la palabra, no tiene nada"; "Fe de gente de enaguas escrita está en el agua"; "Cuando la yegua no pasa y la mujer dice que no se casa, la yegua no pasa y la mujer se casa"; "De mujer, no creas lo que te dijere, y solo la mitad de lo que vieres"; "De mujer y del mar, no hay que fiar"; "De tu mujer y de tu amigo experto, no creas sino lo que supieras de cierto"; "En palabra de mujer, nadie debe creer"; "En palabras de mujer, nadie fe debe poner"; "Entre el sí y el no de una mujer, no cabe la punta de un alfiler"; "Entre el sí y el no de una mujer, no cabe ni la cabeza de un alfiler"; "Entre el sí y el no de una mujer, no pondría yo ni la punta de un alfiler"; "Faldas largas, algo ocultan"; "Juramento de mujer, mala cosa es"; "Juramentos de mujer no se han de creer"; "Juramentos de mujer, difíciles son de creer"; "Si de mujer te fiaste, la erraste"; "No te fíes de mujer, ni de mula de alquiler"; "Donde mujeres andan no faltarán embustes ni trapazas".

La insinceridad de la mujer muchas veces se asocia a su única aspiración, la de encontrar marido. Para conseguirlo, es capaz de recurrir al fingimiento, a la ocultación de la verdad y sobre todo, cuando se trata de su edad, algo que tradicionalmente se considera inconfesable: "El único secreto que guarda una mujer es su edad"; "Una mujer no tiene más edad que la que representa"; "La mujer no tiene edad ni dice la verdad"; "Asno de gran asnedad, quien pregunta a una mujer su edad" [6].

Dominando a la perfección el arte de la simulación, una mujer puede manipular, embaucar, envolver al hombre con sus palabras: "Lo que quiere la mujer, eso ha de ser"; "No se bañaba y se bañó, su mujer se lo pidió".

Cuando el poder persuasivo de las palabras no es suficiente, se puede recurrir a otros medios de manipulación. La mujer aparece como experta no sólo en la dominación de la comunicación verbal sino también de la no verbal. Un medio de manipulación muy eficaz resulta ser el llanto: "Lo que la mujer no logra hablando, lo logra llorando"; "Lo que la mujer no consigue hablando, lo consigue llorando"; "Llorando la mujer, hace del hombre lo que quiere"; "Lágrimas de mujer, lo que no quieren no alcanzan"; "Siempre que lo desea, la mujer llora y el perro mea".

Pero incluso su llanto se suele considerar una argucia falsa y el refranero está lleno de advertencias y consejos al hombre para protegerle de estas habilidades de la mujer: "Nunca te dejes vencer por lágrimas de mujer"; "No fíes de perro que cojea, ni de mujer que lloriquea"; "Mujer que llora y raposa que duerme, mienten"; "Llanto de mujer, engaño es"; "Cojera de perro y lágrimas de mujer, no son de creer"; "Lágrimas de mujer y cojera de perro, no las creo"; "La mujer llora cuando quiere y cuando quiere ríe".

Independientemente de la edad y de los recursos de los que se sirve (verbales o no verbales) las particularidades lingüísticas de la mujer suelen resultar molestas para el hombre: "Mujer moza, o canta o llora; mujer vieja, o riñe o reza". Por eso las deficiencias del discurso femenino, así como el temor a la influencia perniciosa de sus palabras, hacen que se llegue a la conclusión de que es preferible que permanezca callada: "Las buenas callan"; "Aquélla es buena que no suena".

Si se hace un resumen de los tópicos forjados y divulgados por el refranero español, se llega a la conclusión de que la mujer habla más de la cuenta, dice cosas insustanciales, se le escapan los secretos, lo que significa que es tonta, irreflexiva, incompetente, indiscreta. Pero al mismo tiempo están los tópicos de la mujer peligrosa que mediante el uso hábil de la palabra puede seducir, embaucar y manipular al hombre. Se percibe una contradicción más: si realmente las mujeres son

[6] Este tópico no se da solo en la tradición cultural española, sino que está extendido en las culturas más diversas. Sírvanos de ejemplo un proverbio chino que reza: *Nunca se pierden los años que se quita una mujer, van a parar a cualquiera de sus amigas*.

ignorantes y no dicen más que tonterías, ¿por qué hay que temer tanto sus palabras y por qué hay que obligarlas al silencio? Pero, al fin y al cabo, todo depende del cristal con que se mire. Además, es lógico que el refranero, lo mismo que otras expresiones lingüísticas, refleje la tradicional desigualdad con la que la sociedad ha tratado a los dos sexos. Se trata del reflejo de una tradición cultural de carácter patriarcal que se viene cultivando desde hace siglos y que la sociedad moderna, por muchos avances que haya realizado y por muchos cambios que haya sufrido, no acaba de superar del todo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CALERO FERNÁNDEZ, Mª A. (1999): *Sexismo lingüístico. Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*. Madrid: Narcea.

CLAVE. Diccionario de uso del español actual (1996): Madrid: SM.

FERNÁNDEZ PONCELA, A. M. (2000): "Imágenes masculinas y femeninas en el refranero", *Revista de Folklore*, tomo 20a, 232: 139-144.

GARCÍA MOUTON, P. (2003): *Así hablan las mujeres. Curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*. Madrid: La Esfera de los Libros.

LA SANTA BIBLIA, Antiguo y Nuevo Testamento. (1959). Londres: Sociedad Bíblica B. y E., Nueva York: Sociedad Bíblica Americana.

LÓPEZ GARCÍA, A.; MORANT, R. (1995): *Gramática femenina*. Madrid: Cátedra.

LOZANO, I. (2005): *Lenguaje femenino, lenguaje masculino. ¿Condiciona nuestro sexo la forma de hablar?* Madrid: Minerva.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1989): *Refranero General Ideológico Español*. Madrid: Hernando.

OLIVER, J. M. (1988): *Refranero español*. Madrid: Sena.

http://refranero.webcindario.com/buscar/bucar.htm

http://kal-el.ugr.es/~victor/refranero_castellano.txt



Qui casse les verres les paie.